



y ConVersos

Coordina:
Eduardo G. RICO



Ayer, Día del Libro, los Reyes le entregaron el Cervantes

El Día de Alberti

Coplas para Manuel Gerona

Quando cerramos este suplemento se celebra en España el Día del Libro. Este año es también el día de Rafael Alberti. El poeta está recibiendo el premio Cervantes, concedido el pasado año, de manos de los Reyes de España, en un acto solemne que tiene lugar en la Univeridad de Alcalá, según damos cuenta en otra parte del periódico.

Todos venimos reclamando, desde hace años, este homenaje a Rafael Alberti. Homenaje al poeta total que es; homenaje al poeta luchador de las libertades y comprometido con sus ideas; homenaje al poeta exiliado; homenaje al poeta reintegrado a la patria, que ha sabido aproximarse al pueblo y fundirse directamente con él en mil recitales.

Y homenaje, asimismo, a la «generación del 27». Una «generación de amigos» se ha dicho. Una amistad forjada en la literatura. Vicente Aleixandre ya previó este homenaje en 1975: «Te veo, Rafael. / La sombra del laurel. / El laurel doloroso. / La sombra rosa u oro. / Desde Roma hasta Cádiz / la luz espera y arde. / Ya las arenas se abren.»

Por entonces, recordaba Jorge Guillén, bajo un lema

de Louis Aragón —«Mis palabras señores, son mi realidad»— al gran poeta andaluz. Era en París, en agosto de 1975 y escribía Guillén: «Todo está iluminado por dos focos potentes / Un nombre, Rafael; un apellido, Alberti.»

Dámaso Alonso lo situó entonces en su memoria, cuando en 1927 se formó el grupo: «Como la vida, el arte: mundo nuevo, arte nuevo. Hacía ya unos años que la poesía de Rafael había nacido, tirándose, arrojándose a la novedad absoluta (...) En aquel movimiento convergente, de afinidades y simpatías que se habían ido entretejiendo hacia 1927, hacia su momento de máxima cohesión, mis afinidades y simpatías con Rafael Alberti habían sido mayores y más próximas que con ningún otro elemento del grupo. Hoy, medio siglo después, acaricio ese recuerdo como algo de lo más querido, agradable e importante que me haya sucedido en mi vida.»

El Día del Libro, o la Fiesta del Libro, ha sido, este año, el día de Rafael Alberti y el día de la «generación del 27». Nacida formalmente en el tercer centenario de Góngora, esta generación señala la máxima altura poética alcanzada en el siglo por la lírica española.

Seas coplas que de tí salen,
te salgan como te salgan,
valen.

Porque tú no estás ni estamos
para fuegos de artificio
cuando apenas respiramos.

Escribir para cantar...
Cuando se canta, lo escrito
ya pertenece a la mar.

Te llamas Manuel Gerona.
¿Qué bien conviene tu nombre
con la pena.

La pena que es valentía
cuando no dejan al pueblo
más que pena y agonía.

Pena grande que quebranta
los huesos si al pueblo ponen
una soga en la garganta.

Canta, muchacho andaluz,
porque tu canto a la sombra
le quita cruz y da luz.

Canta y sigue, que delante
de tí se abre toda España
a la honda voz de tu canto.

Rafael Alberti

Roma, día 1971.

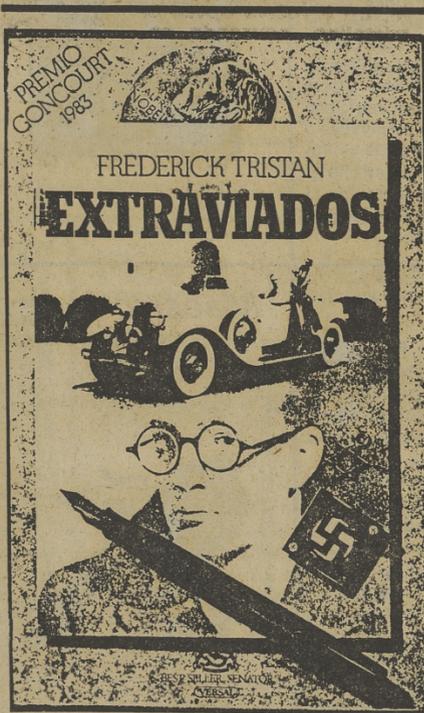
La novela de Tristan, «best-seller» en Francia

Por ELISABETH LUBINSKI

Frédéric Tristan es uno de los muchos seudónimos del escritor y hombre de negocios en el ramo textil Jean-Paul Baron. Sólo escribe en sus ratos libres, pero su obra cuenta ya con más de doce títulos, entre novelas, ensayos esotéricos y algún libro de poemas. Su último libro, premio Goncourt 1983, «Extraviados» (Editions Versal), es una mezcla de misticismo, su propia experiencia literaria, erudición, folletín y de su preocupación por salir del anonimato.

Con estilo brillante, aunque esto es bastante difícil de apreciar, debido a la mala versión del libro, donde «vous» ha sido constantemente traducido por «usted» (lo que queda bastante ridículo en las más apasionadas discusiones matrimoniales que aparecen, aparte de otros fallos más o menos importantes), el autor va narrando la historia del inexistente escritor Gilbert Keith Chesterfield. Este ha sido creado a través de la simbiosis entre Cyril Pumpemaker, escritor que detesta su nombre y no tiene sentido comercial para vender sus libros, y Jonathan Absalon Varlet, personaje seductor, que desconoce su identidad, ya que de pequeño fue entregado a un orfanato y más tarde recogido por un lord inglés que le introdujo en las ciencias ocultas. Entre los dos consiguen hacer de Chesterfield el escritor más importante de su época (1931-1938); sus libros se convierten en superproducciones de Hollywood, musicales, América vende muñecos basados en sus personajes, y al final se le otorga el Nobel.

Tristan sólo recibe el Goncourt. Pero da la impresión de haber hecho una autobiografía con elementos reales, por ejemplo con todo lo que se refiere a su obra que reaparece en el libro («L'Homme sans nom» se convierte en «El hombre sin rostro», su libro de poemas, que se publicó bajo el seudónimo de una joven muerta a los



Una posible narración de alta calidad se convierte en novela de vacaciones

diecisiete años; aquí es una pequeña novela de una chica que se suicida; así va apareciendo, poco a poco, toda su obra) o su juego con los nombres supuestos. Tal vez, lo que le gustaría a Tristan es llegar a tener la fama que alcanza Chesterfield y que la Margaret Goldman de su libro (masoquista aficionada a los burdeles venecianos) se venda en versión de muñeca hinchable con juego de látigos incluido. Lo que no sería en absoluto raro es que se hiciera una película o un serial; la novela tiene las suficientes aventuras e intrigas, la suficiente plasticidad (al fin y al cabo es un «best-seller» como para permitirlo.

incluso muy bueno, en algo vendible, una estupenda novela de vacaciones. Tiene todos los ingredientes para apasionar, sobre todo en la primera parte, hasta el bello capítulo veneciano; una cantidad de citas sobre la literatura inglesa y esotérica sorprendentes; personajes en busca de su identidad tratados en la primera parte con bastante rigor y una trama interesante. En la segunda parte, la novela degenera hasta convertirse en un folletín, lleno de todo tipo de intrigas, también políticas, y con la epopeya del pueblo judío, algo así como el chivo expiatorio al que le ha tocado pagar por las culpas de la Humanidad.

«Extraviados», una epopeya mística

La simbiosis Pumpemaker-Varlet, que consigue vender libros de calidad —por lo general hubieran sido sólo para una minoría— en grandes cantidades, la pretende hacer Tristan consigo mismo, si esto fuera posible, pero sólo le sale un «best-seller», una epopeya mística. Por lo menos en lo que se refiere al éxito, sí ha obtenido uno considerable. Su estrategia consiste en convertir un libro, que podía haber sido

Este es, creo, el gran fallo del libro. El autor acaba simplificando de una manera exhaustiva toda la historia judía, así como también el nacionalsocialismo. Caín y Abel. Después del discurso de Chesterfield en la entrega del Nobel, donde intenta de nuevo llamar la atención sobre los peligros de las doctrinas antisemitas (Varlet descubre en la larga búsqueda de su identidad que es judío), se entera por un amigo de su benefactor que en la secta que éste fundó, Los Hermanos de la Apocalipsis, se encontraba Schlegel, el cual utilizó las doctrinas puras para crear sus teorías sobre la raza, que acabaron por ser la base teórica de Hitler.

Chesterfield se dirige a la España de la guerra civil para luchar por su propia causa y allí descubre que la «bestia» no sólo está en el nazismo, sino también en lo que él denomina los «anarco-marxistas», término un tanto extraño aplicado a los diferentes grupos de izquierda españoles. En Barcelona, Varlet deja definitivamente atrás al Chesterfield que representaba y se convierte a la religión judía. Muere profetizando que el mundo sólo se salvará de la «bestia» si vuelve al sacrificio de Abel por la Humanidad, la pureza de la religión y demás historias.

Supongo que no nos salvaremos. Una pena.

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

El sociólogo de moda

«Cultura y simulacro», de Jean Baudrillard. Editorial Kairós.

JEAN BAUDRILLARD

Cultura y Simulacro

La precesión de los simulacros
El efecto Beaubourg
A la sombra de las mayorías silenciosas
El fin de lo social

Editorial Kairós

Jean Baudrillard, que fue uno de los protagonistas de «mayo» en 1968 y que hoy mantiene encendida la antorcha de sus enfoques de entonces, convenientemente revisados, ha estado recientemente en Alicante, donde estableció diálogo con los estudiantes y habló de sus temas preferidos. Su libro «De la seducción» ha alcanzado amplia difusión entre nosotros. Ahora, Kairós nos ofrece una colección de ensayos de los años setenta, cuatro en total: «La procesión de los simulacros», «El efecto Beaubourg», «La sombra de las mayorías silenciosas» y «El fin de lo social». Plantea Baudrillard el problema de la «lógica de simulación» —el modelo antes que el hecho—, jugando, paradójicamente, con los viejos e intocables conceptos, con la «implosión» de ciertos fenómenos de la cultura occidental, con la ideología como falsa interpretación, con lo hiperrreal y, en suma, con la seducción.

La generación del exilio

«Sentires y querencias», de Manuel Andújar. Instituto de Cultura. Diputación de Jaén.



MANUEL ANDÚJAR

SENTIRES Y QUERENCIAS



Instituto de Cultura
DIPUTACIÓN DE JAÉN

El prologuista de este libro de Manuel Andújar, Manuel Urbano, recoge una cita del gran escritor andaluz que sirve para definirlo como novelista: «(Lares y penares) es una aleación de lo hogareño y de la solera —de la intrahistoria, que diría Unamuno— y del penar, que es una palabra sureña, rica y terruñera, que no dice del mismo modo ni con inflexión pareja en Andalucía que en el resto de España. Penar es un poco cante jondo.» Ahora aparece este libro de poemas, cuyo título, para el prologuista, quizá convendría a toda la obra poética de Andújar: «Sentires y querencias». También se da aquí, en opinión de Manuel Urbano, «la aleación de lo hogareño y la solera, sobre todo si descubrimos la significación andaluza, honda-jonda, de los vocablos. Sentir, siempre será un penar amoroso; la querencia, extendida a las personas, refiérese existencialmente a los sitios, a los lares, de predilección, de mayor llamada, a veces trágica, que los de nacimiento».

Una parábola

Ronda del Guinardó

«Ronda del Guinardó», de Juan Marsé. Seix Barral.



Seix Barral. Biblioteca Breve

El brillante novelista de «Encerrados con un solo juguete», obra que, por singulares razones, no alcanzó el premio Biblioteca Breve de 1960, habiendo alcanzado, sin embargo, la mayor votación, se revela en «Ronda del Guinardó» como maduro dominador del arte narrativo. La nueva novela, que nos es presentada como una «parábola», se desarrolla en una fecha memorable: el 8 de mayo de 1945. Alemania se rendía a los aliados. Los vencidos de la guerra civil española aguardaban la rendición de los nazis como una victoria suya, en la que habían depositado la esperanza de un cambio. Se sabe que no sucedió así y que Franco se mantuvo en el Poder treinta años más, hasta su muerte. La novela refleja los hechos que en aquella jornada en Barcelona, suceden a dos personajes. Maestría en la narración, con respeto a las tres unidades clásicas, y con un brillante estilo.

Maestros de historiadores

Claudio Sánchez-Albornoz

Aún

Del pasado y del presente

Prólogo de Hilda Grassotti

Selecciones Austral

«Aún», de Claudio Sánchez Albornoz. Selecciones Austral. Espasa-Calpe.

A sus noventa y un años, Claudio Sánchez Albornoz sigue ofreciendo sus magistrales lecciones sobre la historia española. He aquí su último libro de ensayos «del pasado y del presente». Don Claudio inserta, tras el prólogo (las palabras que Hilda Grassotti pronunció en el homenaje que se le rindió en 1982 en Buenos Aires), una «advertencia», en la que nos dice: «No he podido cumplir mi promesa anterior de morir para no incidir otra vez a los lectores con un nuevo librito de ensayos.» Felizmente para sus seguidores, aquí está el libro en el cual Sánchez Albornoz reúne «una serie de ensayos más o menos extensos en que he resumido algunos de mis saberes o de mis recuerdos sobre problemas nada leves del ayer hispano o sobre el curso de sucesos históricos de los que he sido testigo o contemporáneo». En la segunda parte de la obra se recogen algunas «confesiones» autobiográficas.

Teoría y política

«Nuestra Bandera», revista teórica y política, número 122. Director, José Sandoval.



En su editorial del número 122, que es el primero de 1984, señala «Nuestra Bandera» el comienzo de «una nueva etapa». Los editorialistas se refieren, más que a la revista, al PCE, del que la publicación es órgano teórico y político. El contenido de este número reviste una gran amplitud temática. Parra Luna escribe sobre «La contrarreforma en la Universidad»; José María Mena y Francesc Roca, sobre aspectos del marxismo (justicia, clases sociales...); Luis Corvalán se ocupa de las fuerzas armadas chilenas; Teresa Aranguren, de la OLP; Andreu Claret Serra, de las negociaciones del desarme; José María Laso, de «La religión y la lucha de clases en Irán»... El capítulo de «Cultura» comprende veinte páginas de la revista. Rafael Conte desarrolla el tema «La literatura española, al encuentro de sí misma»; Federico Melchor, Ester Benítez y otros firman notas sobre la actualidad literaria

Sensación de malestar

EL INTERVALO PERDIDO
GILLO DORFLES



Editorial Lumen

«El intervalo perdido», de Gillo Dorfles. Editorial Lumen.

Gillo Dorfles ya es bien conocido en el campo de la estética literaria y artística en nuestro país, y cuenta entre nosotros con numerosos seguidores. En esta misma colección, «Palabra en el tiempo», han aparecido «Símbolo, comunicación y consumo», «Nuevos ritos, nuevos mitos», «Naturaleza y artificio» y «Del significado a las opciones». «Nos encontramos —escribe Dorfles— en un momento en que se vuelven más claros y estridentes algunos de los grandes dilemas que han caracterizado los últimos cincuenta años de nuestra civilización: la pérdida de la confianza en muchos de los valores establecidos, en las propiedades taumaturgicas de los medios de comunicación masivos y de las nuevas tecnologías.» Por esta razón, Dorfles se quiere referir a un factor que desempeña un papel dominante en esta etapa, y al que cabe atribuir la responsabilidad de gran parte de lo bueno y lo malo de la creación artística y de las condiciones de vida: el intervalo perdido.

Algo más que un sueño

«Utopía», de Tomás Moro. El libro de bolsillo. Alianza Editorial.



Se sabe, y así lo recuerda Pedro Rodríguez Santidrián, que fue Tomás Moro el creador del término «utopía», que hoy ya pertenece al lenguaje común. El modelo que él creó bajo ese nombre mantiene su viva actualidad. Tomás Moro, renovador del humanismo cristiano, que pagó su propuesta de innovación y su apuesta civil con el patíbulo, nos ha legado un libro clave. «Este pequeño libro —escribe el introductor— se presta a lecturas encontradas que hacen más rico y más actual su mensaje.» Nació «Utopía» «al ritmo de la amistad de Moro con Erasmo de Rotterdam. Sin Erasmo, es casi impensable que hubiera nacido». En esta versión íntegra de Rodríguez Santidrián encuentra el lector español, además, un excelente estudio de la evolución de «Utopía» en el proceso de su génesis. La traducción se ha realizado sobre el texto latino de 1518.

Maestro indiscutible

«Errores y extravíos», de Theodor Fontane. Edición de Ana Pérez. Editorial Catedra.



Se dice que Thomas Mann consideraba a Theodor Fontane como un maestro indiscutible, y lo ha sido, sin duda. Así lo señala su traductora e introductora, Ana Pérez, la cual realiza un magistral análisis de la época en que escribe —vivió Fontane en la Alemania del romanticismo, 1848, y sus revoluciones, y el naturalismo— de su biografía, de su condición de escritor realista, y sus relaciones con la sociedad berlinesa de fin de siglo. Tras este estudio del contexto y del personaje, analiza Ana Pérez la narración «Errores y extravíos», se ocupa de su génesis, de la publicación y acogida del libro, de su intención crítica y del estilo y procedimientos literarios a que responde. También recoge Ana Pérez una muy completa bibliografía.

La compañera de Sartre

«Final de cuentas», de Simone de Beauvoir. Testimonio, Ediciones Edhasa.

FINAL DE CUENTAS

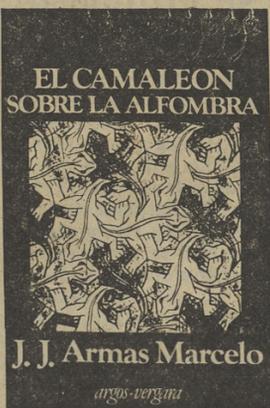


Testimonio Edhasa

Acaba de aparecer en castellano, y en traducción de Ida Vitale, uno de los libros de mayor interés dentro de la serie autobiográfica de Simone de Beauvoir, novelista, pensadora, ensayista y, como se sabe, compañera de Jean-Paul Sartre: «Final de cuentas». En esta obra describe Simone de Beauvoir sus recuerdos de una década tan crucial como fue la de los años sesenta. No intenta un relato cronológico, sino que se extiende a partir de ciertos temas que considera fundamentales. «Después de 1962 —escribe— el mundo ha cambiado, y yo he hecho experiencias nuevas. Pero ningún acontecimiento público o privado modificó profundamente mi situación: yo no he cambiado.» El de Simone de Beauvoir constituye un libro indispensable para trazar una imagen más exacta del proceso del existencialismo en un momento histórico esencial, que culmina en 1968.

Primera novela

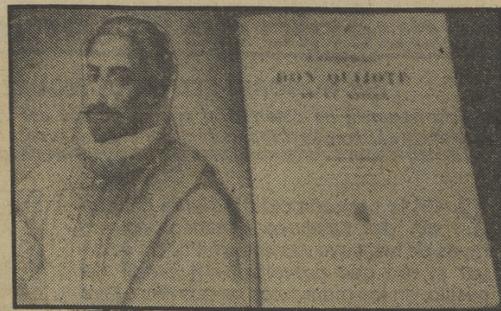
«El camaleón sobre la alfombra», de J. J. Armas Marcelo. Argos Vergara.



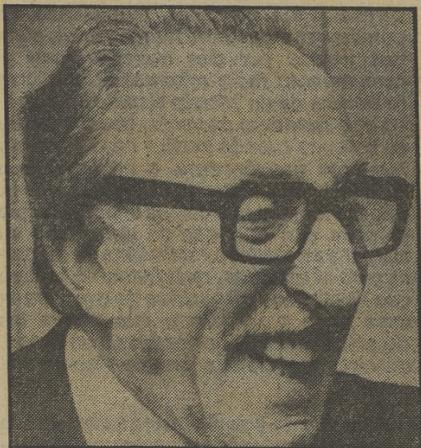
Tanto por su labor literaria como por su intensa labor editorial, J. J. Armas Marcelo goza en el mundo cultural español de un sólido y bien ganado prestigio. «El camaleón sobre la alfombra» fue su primera novela. La siguieron «Estado de coma», «Calima» y «Las naves quemadas», y en estos momentos prepara Armas Marcelo la edición de su última obra. Se inscriben también en su haber un premio de cuentos, el Puerta de Oro, que recibió por «Fantasía del caminante», y la «Guía secreta de Canarias», en colaboración con Luis Alemany, Redactada «El camaleón sobre la alfombra» en las especiales condiciones a que condujo el autor su apuesta cívica, constituye por ello un testimonio muy valioso de un momento de nuestra historia moderna y un firme primer paso literario en una carrera que muy pronto se afirmaría y consolidaría. Esta obra ganó en 1975 el premio Galdós de novela.

sin secretos

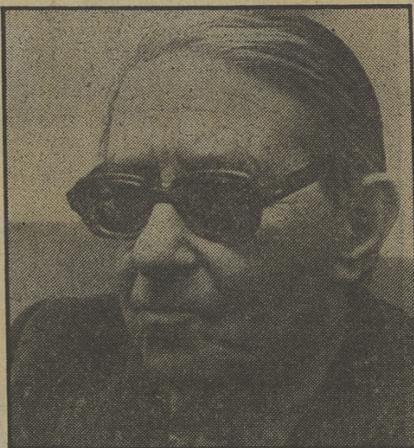
«Un hijo de Cervantes habla de Cervantes» (Torrente Ballester)



Se ha celebrado ayer, se sigue celebrando hoy y se continuará celebrando mañana, el aniversario de la muerte de don Miguel de Cervantes. No vemos la razón de no darle a Cervantes ese don que aún acompaña, ya desaparecidos, a don Benito Pérez Galdós, don Pío Baroja, don José Ortega y Gasset o don Manuel Azaña. La Sociedad Cervantina, que tan buen conductor ha encontrado, desde hace años, en Juan Antonio Cabezas, ha organizado los actos propios del aniversario. Ya se conocen: misa de réquiem en la iglesia parroquial de San Marcos, colocación de coronas de laurel ante el monumento de la Plaza de España y discurso-homenaje, responsabilidad que este año ha recaído en Gonzalo Torrente Ballester, que ha elegido para su oración un significativo título: «Un hijo de Cervantes habla de Cervantes.» Público, autoridades y curiosos, y algún escritor, no muchos, la verdad. Hoy hablarán José López Martínez, que además de crítico es presidente de la Casa de Castilla-La Mancha, Benjamín Martín Pelayo, presidente del Centro de Iniciativas Turísticas, y Juan Antonio Cabezas, escritor y gran periodista, profundo conocedor de la literatura cervantina. Nunca viene mal repetir lo de «Vive leyendo», título del programa gigante de 24 horas que ha emitido Radio Nacional. Piensa el Discreto que lo primero a recomendar debe ser «vive viviendo». El programa se ha clausurado ayer, a las diez, en el Círculo de Bellas Artes.



Juan Antonio Cabezas



Gonzalo Torrente Ballester



Francisco Umbral



Juan José Armas Marcelo

Y la fiesta dura. Pasado mañana, la Confederación Española de Libreros presentará la octava edición — oportuna palabra — de la Feria del Libro Antiguo y de Ocasión. Se sabe que los libreros inauguraron ayer, a última hora, el monumento al Libro, en los Jardines del Descubrimiento, Plaza de Colón. Habrá, ahora, que rezar para que el «vivir desviviéndose» se convierta, primero, en el vivir viviendo de que hablábamos, y luego, en el vivir leyendo que predicamos desde la radio.

Una excursión por el Siglo de Oro no viene nunca mal a lectores potenciales o efectivos. El Discreto se ha enterado de que en mayo, el día 7, habrá un seminario internacional sobre la literatura española

de ese tiempo. Tendrá lugar en la Facultad de Letras de la Autónoma, y se estudiarán las relaciones entre Siglo de Oro y literatura. Camilo José Cela abrirá el seminario con el desarrollo de un tema que

domina: «Pícaros, clérigos, caballeros y otras falacias, y su reflejo literario en los siglos XVI y XVII». A propósito de Cela, corren rumores en medios académicos acerca del premio Cervantes que ayer recibió Alberti. ¿Se lo concederán al autor de «Mazurca»? Lo tiene más que merecido Camilo José Cela, y varios miembros del jurado lo saben.

Francisco Umbral trabaja sin descanso. Cada día le esperan varios folios en blanco. Umbral, si mis noticias no fallan, ha llegado a un acuerdo con Jorge Heralde. Será Anagrama la editora de su próxima novela. Heralde pisa firme en la narrativa. Goytisolo, Marsé, Alvaro Pombo... y ahora Paco Humbral.

Se sigue hablando de «Larva» y de Julián Ríos. Severo Sarduy nos cuenta así la enigmática novela: «A coger el trébol, pues, en una de sus versiones, se lanzan, en medio de la noche abigarrada y pantagruelica — en la noche del tintero — como entrenados sabuesos a la caza de trufas, los personajes de Larva convertidos en donjuanes de doble filo — el mito de Don Juan, de un Don Juan como el telón de fondo de Larva, en un torbellino de elocuentes máscaras, el repertorio de la parodia y de la picaresca en su dialecto más enrevesado y nocturno: cardenales sátrapas, monjas vesánicas con caretas de cerdo, inquisidores, funámbulos y magos, saltando entre apócrifos evangelizadores y libros de música, con pases aflamencados, en una cadena de figuras: sucesión de siluetas y también imbricación de tropos; comparsa de carnaval y catálogo de la retórica». Ya lo saben. Lo ha dicho Severo Sarduy.

Y una noticia, ya definitivamente confirmada: J. J. Armas Marcelo se ha incorporado al equipo directo de Plaza-Janés, una editorial que recobra el brío de otros tiempos en esta época de crisis. Buenas noticias, ambas; la de «Juancho» y la del brío.

EL DISCRETO IMPERTINENTE

Adiós a Mujica Lainez



EN la Córdoba argentina, la Córdoba liberal y progresista del «cordobazo», se ha ido del mundo Manuel Mujica Lainez. Escritor de larga ejecutoria, nos ha legado una rica herencia narrativa. Desde las «Glosas castellanas», de 1936, hasta su relato póstumo, que ha dejado acabado, pero sin título, media una nutrida producción en la que destaca «Bomarzo». En «Bomarzo» su prosa encuentra el punto estilístico y formal justo. Su obra última lo tiene a él por protagonista. ¿Un libro de memorias? Habrá que esperar hasta que herederos y editores lleguen a un acuerdo. Entretanto contamos con «Un novelista en el Museo del Prado», que ha publicado Seix Barral. Algunos dicen que su esteticismo lo aparta de los novelistas del «boom». Pero ninguna definición estilística conviene a todos los que lo integran. Por otra parte, el «boom» constituye un hecho social y político que ha permitido el lanzamiento de novelistas de muy diverso signo, aunque en su comienzo coincidieran en lo fundamental. Esperamos con impaciencia el libro póstumo de Mujica Lainez, como esperamos también el de Scorza, del que tanto se habló hace dos meses. Y haremos una visita al Museo del Prado con el último libro publicado de Mujica. Como homenaje y por el enriquecimiento que suponen sus interpretaciones.

Flora y fauna de la literatura Los kafkianos

A. SABUGO ABRIL

LOS kafkianos son seres inofensivos. En el año jubilar de Franz Kafka proyectan la revolución metafísica, echados sobre su cama, en noches y días de vigilia, en las cuales sueñan y apenas escriben unas líneas. Esperan la metamorfosis, y al amanecer miran con cuidado debajo del catre, por si aparece el escarabajo sagrado, su alter ego. Se alimentan de aspirinas y coca-colas. Escuchan a Chopin. Les crecen las uñas y el pelo; pero no les salen por ninguna parte las veinticuatro patas peludas, ni los increíbles ojos compuestos. Como consolación leen una enciclopedia de los insectos y sienten una enorme envidia por los coleópteros que guardan su mismidad en estuches verdinegros de terciopelo. Son la insularidad perfecta, la pequeña caballería acorazada que cruza los caminos de la vida sin inmutarse. Se saben insectos sagrados y, como las pirámides egipcias, supervivirán al nihilismo de los hombres, a la destrucción nuclear, al amor y al odio. Son indiferentes y nacen del polvo o del estiércol. No se sabe cuándo mueren.

Los kafkianos beben quinina para endurecer sus invisibles alas. Envidian a los poderosos («cárabos», acorazados ligeros, capaces de acabar con todas las babosas literarias y caracoles filosóficos del mundo. O sueñan algún día con ser «crisóforos» celestes, vestidos de arco iris o hermosos «odocontos» de topacio o terribles «lucanus» de poderosas garras. «Ateucos sagrados» o «calcosomas

atlas». ¿Qué hace ese alfiler, como una lanza, clavado en el dorso de los coleópteros? En el museo, los insectos tienen la imperturbabilidad, la belleza plena de lo perenne. Son como piedras que aguantan el paso de las estaciones.

Para los kafkianos el alma es la nada encerrada en el estuche de un coleóptero. La soledad es también eso. Miran la fotografía de

Franz. Su palidez enferma, mortal. Sobre esa tristura de su cara, están sus ojos agonizantes, que, sin embargo, no podrán morir. Kafka es el gran símbolo para los autores desconocidos, que escriben y no publican. Como a Kafka, esperan que algún amigo, les saque del infierno anónimo y les haga famosos, aunque sea después de muertos.

Iban para místicos o para poetas. Pero un día cayó en sus manos «El castillo» o «El proceso» y se convirtieron al kafkianismo, que no es ninguna religión ni secta, sino una filosofía de la vida, una literatura difícil. Son hombres solos que habitan cuartos retirados, en las pensiones de la gran ciudad. Habitaciones

baratas, con un ventanuco que da al hueco de la escalera o a un patio de vecindad. La pensión huele a pote gallego, a zapatillas de cuadros, a jabón Lagarto y a faria. En los muebles, anticuados, rezonga el espíritu hibernado de la carcama. Un reloj viejo, da muy pausadas diez campanadas. El canario, asmático, canta un poquito y se cansa. El kafkiano tose. Y estornuda la patrona.

El kafkiano, como una araña minuciosa hila su tela (su escritura) alrededor de una bombilla, en la noche larga e indiferente. Emborriona folios con su pluma estilográfica y tinta negra. Al día siguiente lee sus escrituras. Comprueba que

(Pasa a la página 4.º)



El cuento de la semana

Por HONORIO FEITO RODRIGUEZ

Esta narrativa ha obtenido el premio Cuento del VI Concurso Nacional de Literatura Hispano, convocado por el comité de empresa del Banco Hispano Americano para sus trabajadores de toda España.

POR la pequeña celosía férrea del portón del calabozo pasaban algunos rayos de luz, cuyo nerviosismo hacía adivinar al reo que provenían del candil del pasillo, en los momentos en que éste, libre de la ebullición febril provocada por su pecaminoso estado físico, recuperaba vagamente el uso de sus facultades mentales, cuya lucidez volvía a decaer a veces por la insostenible tragedia de la situación misma, a veces por el dolor de su herida de bala que había dejado aquella pierna casi inútil. Otras veces, el preso caía víctima de su propia emoción cuando en su memoria revivía la secuencia del pasado glorioso, bien lejano del ahora mismo, en aquella celda de la cárcel de Corte, donde lo habían traído en la madrugada del 5 de noviembre en una peregrinación que hubiera valido para cualquier pecador por escarmiento y penitencia de sus daños. Desde Boquerizones, cerca de la jienense Arquillos, de mano en mano, del respeto y reconocimiento que tradicionalmente se tienen los enemigos entre sí cuando se admiran como soldados, a la crueldad de los compatriotas. El gesto de los delatores es la mejor granada del enemigo. Imágenes de las cabezas, de los San Miguel de Quiroga, de Alcalá Galiano, de los patriotas... De Miguel, de Teresa, de Tuña, de Nuestra Señora del Rosario del Santo Domingo de Oviedo, los jueves a las seis cuenta a cuenta. El general Del Riego, preso de sus emociones y de las dolencias físicas, recibía en su calabozo, reflejados en aquellos muros mugrientos y sucios, húmedos como el hielo hubiera querido conservar la macabridad en las paredes, los recuerdos que despiertan la impaciencia. Eran recuerdos envueltos en la magia mordaz que el sentimiento convierte en castigo cuando pasan de la dulzura de los seres queridos a la amenaza de no volver a verlos jamás. Hirientes flagelaciones de la mente enferma que adivina el final próximo. Imágenes de la nostalgia proyectada a través de aquella luz tenue e intranquila del candil de pasillo, una y mil veces más eficaces para mortificar al condenado que aquella colección de improperios, insultos, vejaciones, escupitajos, pedradas y atropellos, sufridos durante su traslado a la real cárcel de Corte desde Andújar hasta la villa.

Aquellos agravios, nacidos en lo más profundo del desprecio popular (a quien dos años antes, las mismas gargantas y las mismas manos de los mismos hombres y mujeres habían enaltecido hasta la grandiosidad), no eran la única ofensa que Rafael del Riego sentía sobre sí. El ultraje de los llamados «amigos», su silencio era la condena de los actos del general; y ahora, herido y sonrojado por la fiebre, entre



tritonas y espasmos, postrado sobre un montón de paja que destilaba el hedor de la podredumbre, en medio de tanto recuerdo, de tanta recapitaciación y espera, sólo el eco lejano de algunas voces era capaz de estimular sus reflejos. La primera hora del día de su muerte acababa de cumplirse.

El patio de la Venta de la Ribera, aligerado durante la tarde al haber sido arrasados

los dos viejos olmos que daban sombra en verano a las fuentes situadas a izquierda y derecha de la puerta principal, estaba a estas horas iluminado por una docena de hogueras sobre las que hervían sus primeras aguas, en potes y grandes perolas de campaña, las hortalizas, las verduras, las carnes y los pescados, cumpliendo los primeros compases de los recetarios, algunos traídos por dos correos desde el campamento regio mientras el ambiente se llenaba de un griterío histérico, formando otro hervidero de voces, transformadas en órdenes cuando partían de cocineros y maestros gastronómicos, o en gritos que confundían las histerias de los aprendices, tropezando uno que dejaba un lomo limpio de vaca con otro que se apremiaba en alargar a su maestro media libra de manteca para el estofado, resbalando un tercero que llevaba los menudillos de ave para la sopa junto a un cuarto que pisaba los despojos vacunos, hacinados en un rincón, mientras proveía una jarra de vino para el asado.

En medio de aquella locura colectiva a la que parecían ajenos los cocineros, vigilando estrechamente el curso de las cocciones, las ligazones de las especias en las salsas o separando, los maestros confiteros, las frutas buenas de las menos jugosas (para distribuir éstas entre salseros y decoradores), lejanía sólo interrumpida cuando pedían el próximo producto: granos de arroz en onzas, en cuartillos los zumos de limón y naranja, la manteca por libras, la leche por cántaras, la harina y el azúcar por adarmes (medidas éstas más ligeras que las arrobas y onzas con las que el pulso de los confiteros sufría menos y acertaba mejor el volumen de la masa) llegaban los últimos carros con más aprovisionamientos de pavos, capones cebados de leche, gallinas, pichones, tórtolas, chochas y otros voladores; carros cargados con lechones y lechales. En otro, cestos con truchas, anguillas, barbos y barriles de diversos pescados escabechados que eran desocupados cerca de una de las fuentes; mientras, la chiquillería esperaba llenar otro de los serijos de despojos, acudiendo alegremente en torno a los desolladores.

Dos maestros deshuesaban jamones de Montánchez y de Trévez al tiempo que otros dos, sobre la improvisada mesa nacida de la cepa de uno de los olmos, cortaban los jamones en menudas lonchas, dejando los centros de los más curados casi intactos para que su majestad no notara durante la comida la sequedad de la carne cortada. Otro colocaba en fuentes las lonchas y las cubría con hojas de parra, y un sexto maestro se encargaba de recoger y enviar a las perolas de cocción los huesos

de los codillos, que eran introducidos en los potes, aportando más sustancia al caldo, que aún no había pasado la primera colación. Todos ellos trabajaban en el más profundo silencio.

En tres grandes pellejos se guardaban vinos bastos de Ciudad Real para los asados y aderezos, el vino blanco de pasto de chiclana y otros caldos etlicos, traídos especialmente desde diversos puntos para la ceremonia culinaria. Allí estaban, perfectamente identificados por sus tarjetas de procedencia, los pellejos de Purcena, de Esquivias, de Cándamo y de Carifena, de Valdepeñas y de Arnoya, junto con el de moscatel, todos ellos perfectamente custodiados por dos oficiales de Corps, que hacían ronda en torno a estos caldos, vigilando celosamente las medidas en las entregas para los preparados de las carnes y pescados, para mejorar las peras y regar, de cuando en cuando, las gargantas de los oficiales mayores y cocineros, utilizando para ello el primero de los citados.

La elaboración del menú se realizaba según los recetarios de los monasterios de Alcántara y Guadalupe, escapados a los franceses durante el asalto y saqueo a estos lugares en la campaña de 1807. Los más atrevidos maestros improvisaban dichas recetas según su costumbre o la de su región, detalle que no escapaba a los curiosos aldeanos, que se acercaban, como a hurtadillas, a vigilar desde la oscuridad de la noche.

Había entrado la madrugada. Despojado de aquellos jirones de su último uniforme de campaña, embotado ahora en su túnica de inmaculada blancura, rígida por el almidón, llevada expresamente por los Hermanos de la Paz por caridad de estos cofrades, el preso se dirigía a la capilla de la real cárcel de Corte a través de un pasillo estrecho, tiznado por la negrura de las lámparas de aceite, bajo la pátina negra que guardaba los llantos y los gemidos de los condenados. De una legión de vagabundos, en los que el hambre y la miseria han hecho morada, evacuada hoy por tragos de vino gordo, tomados real a real y pagados por las reales bolsas de la nobleza realista, salen como dardos contra el reo los insultos, que obligan al convicto a sentirse vacilante, más débil, más derrotado. Rafael del Riego y Flórez, mariscal de campo que rechazó en repetidas ocasiones el fajín de la Constitución de 1812, a seis horas de emprender el ascenso hacia el cadalso, deja correr una lágrima sobre sus mejillas y cae de bruces ante el altísimo cuando el siseo de las oraciones de los cofrades anulan la algazara de la turba.

(Continuará)

Los kafkianos

(Viene de la página 3.ª)

se parecen mucho a Kafka y las rompe. Su vida es un escribir de noche y un romper de día. Espera escribir algún día el libro perfecto: que ser kafkiano, pero que no se parezca a Kafka.

● La metamorfosis es una obsesión. El protagonista de sus cuentos siempre experimenta transformaciones asombrosas. Una piedra negra que se convierte en gato; la Vía Láctea, una luciérnaga enorme con tetas de cabra. Las palabras del diccionario, un

ejército de enanos rojos que mean en la puerta de la Academia. La Plaza Mayor, un infierno de la Inquisición, o la censura, donde los iluminados y conversos toman baños de sol, en una enorme parrilla, traída de El Escorial. La ciudad desaparece. No hay asfalto de cuarenta grados, ni ladrillos, ni cemento, ni cristal. Es un parque, donde los pájaros se acercan a los niños. Por el Manzanares abajo, una sirenita canta: «Pero, mira cómo beben los peces en el río...» Y no hay colas en Madrid; las únicas que que-

dan son de lagartos verdes que toman el sol en el Parque del Oeste.

● El kafkiano siempre pasea por los arrabales de la ciudad. Para él la sociedad es un castillo, cercado por tres cuerpos de muralla. Donde está Madrid, ve Avila. (Y es místico teresiano, pero al revés). Contempla Toledo, con las murallas de las tres culturas, o la torre de Londres, con sus tenebrosidades. El castillo lo gobierna un jefe o un padre, distante, inaccesible, inabordable. El kafkiano escribe instancias, cartas de

salutación, presentaciones. Nadie le contesta y permanece al margen del poder real, de las capillas literarias, de las prebendas sociales. Solicita puestos de trabajo. Pero no le admiten. Debe hacer oposiciones. Quiere ver a un ejecutivo pero sólo le recibe un uniformado conserje que le da explicaciones: «Es imposible ver al señor L. Es un alto ejecutivo. Siempre está ocupado. Haga usted una instancia y espere que le llamen».

● Espera, pero no desesperará nunca. Quiere te-

ner la fortaleza del poderoso «lucanus». Se echa en un banco del Retiro, frente al Palacio de Cristal. Y sueña la metamorfosis. ¿Por qué no una «mantis religiosa» o una «formica rufa»? ¿Y por qué no una piedra, estado puro, indiferencia total? El mundo apenas tiene sentido. Ha escrito novecientas noventa y siete cartas solicitando empleo. ¿Qué profesión tiene usted? Le preguntan. «Novelista», contesta con titubeo. Y los otros, los ejecutivos, jefes de personal, psicólogos, sociólogos, le miran con per-

plejidad, como el coleccionista de sellos vería con asombro que de una de sus carpetas saliese el escarabajo «necrófago investigador».

● El kafkiano espera la transformación. De pronto siente como una iluminación. Abre sus ojos y en la mano derecha se ha posado una «coccinella». Siente una decepción y recita: «mariquita de San Juan, cuéntame los dedos/y échate a volar». Es un juego infantil. A la tercera vez se va. El kafkiano vuelve a dormir. Y a soñar.

PUEBLO

Cada día, un suplemento



Mañana, miércoles...



TOROS

Coordinado por Manuel F. MOLES